

y dándole un gaban, que en el de su criado venia, para que se cubriese, prosiguió así: Venid conmigo, hidalgo, que á pesar de vuestra fortuna, yo os quiero ayudar á vencerla, y os prometo de no faltaros mientras el hilo de la vida no diere el último vale. Cortés y agradecido quiso Cardenio, que este era el nombre del desgraciado peregrino, besar al caballero las manos por tan ilustré y generosa accion, y excusarse de aceptarla, pero un empeño bizarro en pecho ilustre aviva la diligencia. Porfió el caballero, y no pudiendo excusarse Cardenio á tan ilustres ruegos, se puso el gaban, y subiendo en el caballo del criado, y el caballero en el suyo, porque ya el admético pastor con rayos de escarlata descubria el pabellon donde se acuesta, y así empezaron á caminar por entre aquellos carrascos, buscando el camino con la claridad de la aurora. Procuró el caballero ver la disposicion y talle del peregrino Cardenio, y vió uno de los buenos talles, rostro y gentileza que pudiera imaginar, cuya edad serian veinte y dos años. Pagado iba de tan buenas partes como reconocia en él, cuando vieron atravesar á poca distancia al criado, que viendo que era hombre lo que imaginó fantasma, menos medroso que cansado, se llegó, previniendo disculpas á su dueño; y puesto en las ancas de su caballo, salieron á la estrada, y desde allí caminaron hasta una quinta que en aquellos contornos está, donde recibieron al caballero sus cuidadosos criados, lastimados de su pérdida y mala noche. Hospedaron á Cardenio, á quien al punto trajeron un vestido, y quedó con él tan galan como muchos, y mas que ninguno.

En aquella casa de placer estuvieron algunos dias, ya entretenidos en la caza, ya en visitar parte de la hacienda que allí tenia el caballero, hasta que cansado dispuso su viaje para Lisboa, centro y patria suya (¡qué mucho si aun de los extranjeros lo es!). Era mozo gallardo y de los amarrados á la concha de Venus, siendo ocasion el no haber dado consorte á su juventud. Atravesaron el Tajo en una de aquellas marítimas carrozas que todos los dias esguazan sus cerúleos cristales; y llegando á la ciudad de Ulises, lo primero que hizo el caballero en entrando en su casa fué nombrar salario á Cardenio, bastante á su lucimiento y gasto ordinario y cotidiano. No vivia muy seguro de ser buscado de la justicia de su tierra, ó acosado en la de Lisboa por el pasado fracaso de la iglesia, y dando cuenta de su temor al caballero, él le ofreció su favor y aseguró en sus temores.

Tenia el generoso caballero una prima en su casa, tan hermosa, que nunca halló competencia sino en sí misma, tan discreta, que ella sola era bastante aplauso á su entendimiento; su nombre doña Serafina; toda ella formaba un cielo, encerrando en su rostro todo el sol, en sus ojos todas las estrellas, en su garganta y frente la luna, en sus cabellos el metal de Arabia, y en sus manos la nieve. Esta pues, olvidada de lo divino que ostentaba, y entregada á lo humno, que no tenia, puso los ojos en su nuevo huésped; pudo asegurar puso los ojos, digo, de manera, que viéndolos en ajeno dueño,

nunca los quitaba de él por cobrarlos. ¡Oh enigma de amor! Lloraba su perdicion viendo tan inferior el dueño que se los tenia usurpados, y resuelta muchas veces en quitárselos, salia de su clausura á ver el tirano; y cuando pensaba en la vista amada cobrar lo que por él habia perdido, se hallaba mas presa y con menos prendas del alma: ¡ay de mí! decía, ¿qué se hizo mi libertad? Mi altivez ¿qué se hizo? Mi valor y mi corazon ¿cómo se rinden á un amago, á un eco y á un suspiro? ¡Yo á un criado de mi primo! Muera yo, pues solo este remedio puede excusarme un pesar ofreciéndome una lisonja.

De esta suerte iba creciendo el incendio en el tierno pecho de aquella hermosa, á quien la consideracion de su arrojamiento daba mas vuelo á las velas de su naufragio. Ordenó un dia á todos los criados de casa que hiciesen una academia en que cada uno diese muestra de su ingenio, con intencion de ver el de su amante y tener en su poder cosa suya. Quedó dispuesto fuese cada uno á escribir, y asimismo Cardenio; y despues de haber dado todas las flores de su ingenio al campo del papel, cada uno segun su caudal, mandó doña Serafina á un secretario de su primo que recogiese los papeles y pusiese el nombre de su dueño en cada uno. Ejecutóse así, y teniéndolos juntos, poniéndoles los nombres segun cuyos eran, quiso la suerte que al poner el nombre de Cardenio erró el papel suyo, y puso otro nombre en su lugar. Llegaron á manos de la enamorada señora, que con el deseo de su corazon buscó luego aquel dulce nombre, y hallándole vió que decía estos desconcertados versos:

Ausente estave algun dia,  
Mas ya me veo presente,  
Y pues que no estoy ausente,  
Ya no tengo que sentir.  
Cuando me quise partir  
Sentí el irme de mi tierra,  
Y volviendo de la guerra,  
Entré en casa de mi tío.  
Y cuando miré aquel brio  
De aquella ninfa que adoro,  
Mucho mas es lo que lloro,

Porque si yo no la amara,  
Pienso que no me matara  
Con aquellos lindos ojos,  
A quien rindo por despajos  
Toda mi vida y mi alama.  
No quise quedar en calma,  
Sino decirle mi amor,  
Porque aquel grande dolor  
Que yo amándola sentia,  
Pienso que me moriria  
Si yo no se lo dijese.

No quiso pasar de aquí la engañada señora, quejándose nuevamente de su rigorosa estrella: Si fué yerro, decía, ó inadvertencia del secretario, de la pluma ó de la envidia, que los versos mal limados de otro acumula á mi amante injusto. En este suceso se verifica cuánto la fortuna se extremaba en su mengua, desprecio y ultraje, pues aun los yerros ajenos manchaban la pureza de sus aciertos. Buscaba doña Serafina el olvido; pero imposibilitada de su descarte, atenta á que habia tomado posesion de su pecho, no daba crédito al yerro de los versos; quiso muchas veces decirle su amor y su cuidado, pero atendiendo á la desigualdad, se retraia á su silencio, y resuelta á callar antes de publicarlo, vivia muriendo. El caballero hacia particulares favores á Cardenio por desempeñar la palabra que en el monte le habia dado; y así, era su compañero de noche en sus entretenimientos y secretos y tambien por haber conocido en muchas ocasiones bastante valor en su persona

para cualquier acontecimiento. Así, fuéronse los dos á pie con solas sus espadas y broqueles, entrando por las puertas de San Anton; serian las diez cuando al emparejar con la iglesia de la Anunciada les salió al paso una mujer tapada, y llegándose á ella, le preguntó el caballero dónde iba y si necesitaba de compañía. A lo que ella respondió así: El cuidado que debeis á quien padece los rigores y largos plazos de vuestra ausencia no se paga con tan dilatado olvido. Oyó estas razones Cardenio, y pareciéndole que la mujer se recataba de él, se apartó á un lado por no ser causa de su silencio. Así estarian un cuarto de hora, cuando la tapada dejó al caballero, y empezó á caminar por la calle de la Fe. Dijo á Cardenio que se fuese á casa, que un negocio que tenia presente necesitaba de ir sola su persona, ó que le esperase en aquel sitio, y con esto fué siguiendo la misma calle de la tapada. Era Cardenio tan leal como desgraciado, y tan valiente como poco venturoso; y así, aunque le pareció desobediencia, no juzgó por acierto dejar ir solo á su dueño expuesto á los rigores de aquella corte, y así resolvió seguirle oculto, no dándose á conocer. Fué siguiéndole á lo lejos, y despues de haber atravesado algunas calles, vió que entraba en una casa siguiendo los pasos de la que allí le conducia, y últimamente vió que cerraron la puerta. Llegó á ella, y resuelto de esperar oculto á su dueño, se entró en un portal oscuro que enfrente habia; y habiendo estado una hora larga sin que ninguna cosa alterase su espíritu ni le diese que temer, comenzó la memoria á atormentarle, que no hay mas amarga cicuta ni veneno mas penetrante que esta. ¡Ay, Fenisa de mis ojos! decía, tirano ó ingrato dueño, que en ajenos brazos logras el premio de mis tormentos; vive á pesar de mis penas, que mas me importa tu vida que mi descanso; sola una cosa pediré al cielo, aunque es en daño tuyo y mio, que tu venturoso novio te goce muchos años, que no puede dejar de ser necio quien fué tan dichoso que pudo merecerte. Pero ¿qué digo? No le goceis sino mucho menos de lo que quisierdes, que muy discreto fué quien supo agradarte; muera, y muera yo, que bien sé que ni con su muerte alcanzaria mi dolor alguna piedad de tu esquivo y ingrato pecho; ¡ay, dueño mio, que muero á manos de tu desden!

Pasara adelante el afligido Cardenio en sus amorosas imaginaciones si á este mismo punto no le divirtieran de ellas los violentos y apresurados pasos de un hombre que corriendo por la calle abajo venia. Pasó por él sin detenerse, y habiendo pasado aquel, vió que en su seguimiento venian algunos, que conoció ser ministros de justicia, los cuales iban pidiendo favor al rey, y asimismo vió que otro hombre valerosamente se defendia de los otros. Quiso Cardenio recogerse á lo oscuro del portal por excusar los debates que podia tener con la justicia y por no faltar al cuidado en que le tenia la persona de su dueño; pero apenas lo quiso hacer, cuando el hombre que con la justicia peleaba se entró defendiendo y retirando al mismo portal. Bien quisiera Cardenio atropellar y romper por todos y ponerse en salvo

en la calle; pero viendo que era imposible por estar la puerta atajada de aquellos ministros, quiso subirse por la escalera que á tienta halló; salióle en vano esta diligencia, que á quien es desdichado, por demás es querer evitar los daños; apenas hubo subido diez escalones, cuando por la puerta de un cuarto principal salieron dos hombres con espadas y broqueles, que oyendo pedir favor á la justicia, venian á dárselo, con ellos un paje con una hacha encendida, con que se hizo patente el recato de Cardenio; y habiendo tenido mas dicha aquel que buscaban, se les habia ocultado en un sótano; y así, viendo á Cardenio á la luz de la antorcha, coligieron que aquel era; y diciendo que se diese á la prison ó que le matarian, viéndose cercado por una y otra parte, se determinó á no dejarse prender, aunque le costase la vida; y así, con su broquel y su espada, ocultando el rostro lo mejor que pudo, hizo camino por mas de seis que le defendian. Libre se halló en la calle, pero no tanto de su daño que no llevase una estocada, si bien de poca consideracion; fueron siguiéndole, mas presto los dejó frustrados de su intento y inquietud, pues dando vuelta á algunas calles, se vió libre de los que injustamente le perseguian. Ajustó un pañuelo en la herida, dando gracias al cielo que le habia librado, aunque á costa de su sangre, de mayor desgracia. Apenas lo hubo hecho, cuando se vió metido en otro empeño grande. Fué el caso que oyendo ruido de espadas dentro de una casa de aquella calle adonde se habia retirado, y viendo que entre el estruendo de los aceros y el furioso rumor de los golpes se articulaban palabras, puso el oído en la puerta, adonde oyó estas razones: ¡Ah, cobardes, cómo en vuestra traicion dais á entender vuestra infame razon! La mia os dará á conocer, aunque sois tres, que sois infames. Si no se hallara en diferente calle de aquella donde entró su dueño, juzgara que él era el mismo que así se quejaba, y asimismo oyó que le respondian: Bastante razon nos mueve al exceso que veis; conocemos vuestro valor, y para vencerle es fuerza buscaros con desigual partido. Aquí acabó de entender que era el caballero dueño suyo, y discursando en su duda, halló que aquella era puerta falsa de la casa en que le vió entrar, que á otra calle salia, y que en ella le tenían prevenida alguna traicion. Metió mano á su espada y broquel, y llamando á la puerta, al primer golpe se abrió, porque de industria estaba solamente juntada: subió por una escalera medianamente angosta, que á la luz de una lamparilla no se ocultó, en cuyo remate vió al caballero defendiéndose de tres hombres que denodadamente le procuraban quitar la vida, y lo conseguiran á no llegar Cardenio á tan buen tiempo. Vistióle Marte, y embistiendo como rayo de Júpiter tonante á los tres, se puso al lado del caballero, de manera que, no pudiendo resistir su fuerza, se fueron encaminando hácia la escalera, donde apretándoles mas su valor y el del caballero, que con el nuevo socorro se habia reforzado, tropezando unos en otros se arrojaron por ella.

No pudo conocer el caballero su gallardo ayudador, el cual salió hasta la calle siguiendo á los tres, y tanto

se empeñó en el alcance, que se halló en el Rocio; el caballero quisiera hacer lo mismo, pero estaba tan fatigado de su batalla, que lo procuró en vano; y lastimado de no saber á quién debía la vida, pretendió seguir el rastro, mas quitóle el intento el ver venir un hombre con la espada desnuda por la misma parte que los otros fueron; era este uno que viniendo acaso por aquella parte, y viendo la fuga de los otros, pensando ser otra cosa, había sacado la espada, y así se venía siguiendo su camino, viendo que no le importaba nada el suceso. Vióle venir el caballero, y juzgando ser quien le favoreció, haciendo conjetura que si fuera de los tres no volviera por aquel sitio, le dijo así: Caballero, ¿venís herido? Decídmelo, para que pueda pagaros la vida que me habéis dado. Ni vengo herido, ni hice cosa alguna, respondió el hombre; y pasara adelante con su verdad si el mismo caballero no le atajara con estas razones: ¿Tanto es vuestro valor que aun lo mucho que por mí habéis hecho aun os parece poco, siendo no menos que librarme de la muerte á manos de tres homicidas? Entendió el encubierto el engaño, y tratando darle fuerza le respondió: El veros, caballero, en tan conocido peligro como era el reñir con tres, me dió el aliento que visteis; solo quisiera saber de vos la ocasion de vuestro peligro. Esa es capaz de mayor digresion, dijo el caballero, que la que pide nuestro desvelo; y sacando una cadena, prosiguió: Tomad esta corta satisfaccion de lo obligado que estoy á vuestro valor, y porque espero ser mas agradecido y mostraros quién soy, mañana á las diez del día estaréis en el terrero de palacio, adonde esta cadena en vuestro cuello será señal para que pueda conoceros, y vos á mí por vuestro servidor en cuanto viviere. Señor, dijo el venturoso y cauto Ulises, no paguéis tan presto y tan generosamente á quien tan poco hizo por vos en el socorro presente, y que tiene de costumbre favorecer á los que en semejantes empeños se ven. Excusábase con esto tibiamente de tomar la joya; pero insistiendo el caballero, acabó de aceptarla, diciendo que él estaria donde le ordenaba. Con esto se fué, llevando el premio que el desgraciado Cardenio merecia.

En este tiempo iba Cardenio siguiendo el alcance de aquellos tres que pretendieron dar muerte al caballero: habian los dos de ellos apartádose mucho de su diligencia, y el otro, por ser menos ligero, se había quedado mas atrás; y no pudiendo seguir la carrera, pudo Cardenio alcanzarle al tiempo que volviéndose á él el fugitivo le dijo: Caballero, detened el brioso acero, que no se podrá alabar de bizarro con una mujer; no me mateis violentamente, pues me rindo á vuestro alentado corazón. Suspendió el golpe que iba ejecutando perplejo y confuso en lo que veía y escuchaba, conociendo que lo que siguió precipitado le detenía absorto, pues atento á los acentos de la voz, conoció ser mujer, á quien respondió: De suerte me tienes, oh enigma fugitivo, que ni sé si crea lo que publica tu voz, ó si dé crédito á tu atrevimiento. Dime quién eres y la causa del exceso á que te ponias esta noche y por qué pretendías darle la

muerte á quien ya escapó de tus deseos homicidas. Es tanto tu valor, respondió, que no dudo hallar en él toda cortesía y buen pasaje en mi desdicha, pues juzgándome despojo de vuestra victoria, alcanzaré por mujer y ofendida el permitir que no diga la causa de mi disfráz temerario y arrojamiento indecente; no permitas que descubra mis males, que si quieres alguna venganza de mí, el dejarme con ellos es el mayor daño que mi corazón puede imaginar. Aunque mi piedad me manda, respondió Cardenio, que por mujer no te disguste, una razon secreta me fuerza saber de tí, aunque me cueste la vida, la ocasion de tus desvelos; no la niegues, que en vano es excusarlo. Pues ya que no me permites, respondió ella, ocultar mis pesares, llévame á tu casa, si es posible entrar en ella, que yo como mujer y flaca estoy aquí con sobresalto y disgusto, y tambien porque mis sucesos son largos. Parecióle á Cardenio muy buena ocasion esta de mostrar su fineza, pues entrándola en su aposento, podia luego entregarla á su dueño, y así le dijo: Pareceme muy bien, señora, lo que decís; venios conmigo, que con el respeto debido á vuestra persona, seréis de mí venerada y servida. Así partieron de aquel sitio y llegaron á la casa del caballero, que por ser de las grandes, y que no se cierran nunca, la toparon abierta; y entrando por ella luego en el aposento de Cardenio, sin ser de nadie sentidos, comenzó la disfrazada á hablar de esta manera:

No será nuevo á vuestros oídos, valeroso hidalgo, el presente suceso de mi cuidado, por la similitud que tiene con tantos como las historias nos cuentan y en las humanas letras se celebran; quiero decir de valerosas acciones de mujeres y honradas venganzas que han hecho algunas, olvidando el mujeril brio y vistiendo el limpio acero, que el agravio en generoso corazón es viento que mas enciende el fuego cuanto mas sopla.

En una villa, no de las mas apartadas de esta ciudad, si bien de las buenas del reino, cuyo nombre no digo por ciertos respetos, nació; pluguiera al cielo que la primera aurora de mi vida fuera el acaso de mi muerte. Puedo asegurar que mi sangre y nobleza son de lo mejor que se conoce en la corte y de aquella con que se ilustra una altiva familia. El mayorazgo de mi padre, que por su muerte espero poseer, son seis mil ducados de renta; en su paternal compañía servia yo de hija y esposa á un tiempo; digo esposa, porque veía mi padre en mí el retrato de mi madre difunta, y porque en el gobierno de casa y de la hacienda era yo la obedecida como señora absoluta, siendo hiedra amorosa en la barba cana de mi padre, entre cuyo verdor rejuvenecia envuelto en gusto y llanto.

Estando yo un día con mis criados, bien descuidada de mi desdicha, entró un paje mio donde yo estaba, y me dijo: Señora, tu padre ha tenido una pesadumbre muy grande; animale lo que pudieres, porque ha sido cosa con que puede perder la vida en el pesar. Dime lo que ha sido, le dije ya casi sin alma, á lo que replicó: Señora, no permitais que yo te lo diga, que como fiel criado tuyo tambien el dolor se anuda en mi garganta;

otro te diga lo que yo no puedo; y con esto me dejó. Juzgad vos de qué manera quedaria una mujer y sola en brazos de un triste éxtasi; quise, vuelta de él, salir como loca á buscar á mi padre, pero mis criadas me dejaron solo llegar á una ventana; y en ella á poco tiempo vi venir el coche de mi padre cerradas las cortinas, y sus criados macilentos, indicios de algun fracaso. Llegó á la puerta, véole apearse con vida, cosa que me volvió en mí de un mortal desmayo; salgo á la escalera diciendo: ¿Qué es esto, señor? Decidme qué tenéis, no os balle mudo quien os admira cuidadoso; rompan vuestros labios el silencio que me quita el aliento poco á poco. A lo que me respondió: ¡Ay, hija, yo vengo sin honor! En fin, por no cansaros con digresiones, yo supe de mi padre cómo un fidalgo de esta corte, que en aquella ocasion era huésped en aquella patria, ó por mejor decir pasajero, que visitando unos lugares suyos en aquel contorno andaba, sobre unas razones que con mi padre tuvo en la diferencia de algunos términos de tierra, le tomó la muleta en que arrimaba la carga de sus años, y repitió con ella ofensas poco bizarras en brios ya desmayados; deciros de la suerte que quedó mi desmayado espíritu con esta nueva, no cabe en razones ni encarecimientos humanos. Desde aquel día ocupó mi padre una cama, que el pesar junto con la copia de los años son dos contrarios tan fuertes, que se duda de la vida del que lo padece. Lloraba tan incesantemente su desgracia, y el no tener hijo que buscara su honor perdido, que viendo su llanto, me arrojé despechada al intento de tomar venganza; como lo pensé me resolví, y salí de mi casa dejando á mi padre en su cama una noche con dos criados míos, de quien tenia una satisfaccion. Dejé mi patria habrá doce dias en el traje que veis.

Ya sabia yo el nombre del fidalgo mi enemigo, porque mi padre me habia informado; llegué á esta corte dispuesto á buscarle y castigar con su muerte su arrojo, lavando con su sangre la mancha que puso en la mía, aunque por este atrevimiento aventurase dos mil vidas. Seis dias habrá que supieron mis dos criados la casa de mi enemigo, porque se dieron tan buena maña en solicitarlo, que no solo supieron esto, pero tambien una donde pasaba entretenido las noches con una gallarda dama, donde fué el teatro de mi poca suerte, pues el primero intento vi frustrado por vuestro valor, que sin duda alguna si no fuera por él consiguiere mi venganza.

Resta ahora un miedo que me ocupa el alma, y es el imaginar si sois ¡oh generoso hidalgo! de la parte de mi enemigo, criado ó pariente, pues llegásteis en aquella ocasion, aunque dos cosas me han quitado esta sospecha, y son que si fuéades esto que temí y viniérades con él, no entraríais por la puerta falsa; lo otro, que como las mujeres de aquella calidad no tienen la fe en uno solo, pudiérades ser uno del número de su escuela, y en esta imaginacion estuve mas firme siempre.

Aquí llegaba doña Mayor, que este era su nombre, con la historia de su empresa, cuando una lamparilla

que daba luz al aposento, ó por algun aire que entró, ó por acabársele el alimento de su llama, se apagó, dando ocasion á nuestro desgraciado á que tomando una bujía saliese á la calle á encenderla en la lámpara de una cruz que estaba á una esquina; habia cerca de ella una reja de hierro cerrada, y pareciéndole que por allí podia subir á encender la luz, fué subiendo, y apenas estuvo arriba, cuando por aquella calle que le ocultaba la esquina salió la justicia, que viéndole subido en la reja, levantaron la voz con estas injurias: ¡Ah, ladrón, escalador de casas, favor á la justicia! Tuvo este el desdichado por el mas apretado y peligroso lance que en el discurso de su vida experimentó; y aunque con disculpas los satisfacía, y con la verdad los solicitaba en su inocencia, no por eso pudo mover aquellos corazones de bronce á su razon, y así le llevaron á la cárcel, donde le pusieron en un calabozo á muy buen recaudo, con título de ladrón limpio, que este le dan á los de buena capa; ejemplo se ve en este infelice jóven de cuánto pueden los males cuando se encadenan unos en otros, que parecen golpes en la hidra, que á cada uno nacen nuevas cabezas. Dicha fuera perder la vida de una vez aquellos que carecen de la buena fortuna; pero aun esto les niega la fuerza de su estrella errante, para que sientan los males futuros.

Al tiempo que llevaron preso á Cardenio llegó á su casa el caballero, y por contarle á Cardenio sus sucesos, se fué á su aposento, y hallando la puerta abierta, pero á oscuras, llamó por él algunas veces.

Habia la alligida doña Mayor entregado los sentidos en brazos de Morfeo, sentada en una silla, con cuya ocasion no fué respondido. El caballero volvió á llamar, y conociendo no haber nadie en el aposento, abrió con una llave maestra una cuadra de su cuarto, tomó una luz, que en ella esperaba luciente todas las noches su venida, y volvió á examinar la estancia de doña Mayor, á quien halló de la manera que oísteis, siendo luego conocida por mujer, aunque en traje diferente, porque la nieve y delicadeza de sus manos, la grana de sus labios, las perlas de sus dientes, el rizado cabello, que con disimulacion encogia, no dieron lugar á la duda. Abrasado quedó el caballero ó rendido al veneno dulce del nioto de la espuma, y discurriendo por la idea mil diversidades de juicios, decia: ¿Si será esta belleza aquella que despreció á Cardenio, ó alguna dama á quien merezca estos favores? Así, llevado mas del fuego en que se abrasaba que de la averiguacion de sus dudas, fué á tocar la blanca mano al mismo tiempo que ella, despertando y conociendo á su enemigo, arrancó de un puñal catalan que á su lado traía, y si el caballero con ligereza no le suspendiera el golpe, cogiéndole el brazo, se viera despojo fatal de aquella que era incendio de su alma.

De esta suerte se puso de rodillas, y dijo estas razones: ¿Por qué ¡oh hermosa homicida! quieres escribir con sangre mi muerte? ¿No basta ya una vez morir á tu belleza, que dos derramando púrpura á la lumbré de tus ojos se abrasa? Dime quien eres ¡oh ene-

miga celestial! Dimelo, que yo prometo á tu hermosura poner sin resistencia mi pecho, aunque será corta victoria tuya matarme estando ya rendido. A cuyas amorosas razones respondió esto doña Mayor: Pues mi suerte no ha querido en dos lances darme venganza, dame la muerte que te solicité. Yo soy doña Mayor, la infelice hija de aquel á quien tú con el báculo enturbaste el líquido coral de su sangre estando ausente de su casa; yo soy la que intenté lavar con la tuya el borron de mi honor siempre altivo; mátame, digo otra vez, pues sin duda el cielo mas procura mi muerte que la tuya; toma este mismo puñal que habia de ser tu homicida, y escóndele en este pecho para que no publique el desdichado intento suyo. No quiera Dios, respondió el caballero, que en tu femeníl y hermoso objeto derrame líquida grana quien enamorado de tu arrojamiento rinde la libertad á tu belleza; y porque veas cuánto me toca tu deshonor y cuánto yo mismo le desfiendo y procuro, digo que soy tu esposo, para que en la ley del duelo se vea que siéndolo, no puedo ser tu ofensor, con que yo quedo logrando dos efectos, que son ser dueño de tu hermosura y haberte vengado de mí mismo. Tu padre queda con su honra, tú consiguiendo dos victorias, la de rendirme y la de prenderme, que sin duda lo estoy en tus celestiales ojos, en cuyo Argel no pretendo libertad, pues mi cautiverio será la mayor gloria y la mas dulce prision que puede darme el acierto. Preguntóle la causa de su venida á aquella parte, y doña Mayor le contó todo el suceso hasta llegar allí con Cardenio, con que quedó conocido

del caballero por verdadero socorredor suyo. Pues porque veas, prosiguió, que lo que te he dicho y el hacerlo son una misma cosa, quédate en mi cuarto, en cuanto voy á buscar á quien nos despose, que ya la aurora, precursora de mis dichas, viene comunicando luces y ilustrando los chapiteles de las mas levantadas torres. Pues si mi venganza surte efectos por ese camino, dijo doña Mayor, yo me tengo por dichosa en ser tuya. Y así, tomándola por la mano, la llevó á una galería de su cuarto, y despues á una antecámara, todo tan lleno de riquísimos adornos, que entretenida estuvo la hermosa dama el tiempo que el caballero dispuso en traer al cura de su parroquia, que los desposó, quedando en eterno lazo.

Trajeron en este tiempo aviso de cómo Cardenio estaba preso, y yendo el caballero á la cárcel con toda diligencia, informado de todos los sucesos de su desgracia, dióse tan buena maña, que á las diez del dia estaba el preso Cardenio en su casa libre. Era este príncipe un retrato de Alejandro, porque en su cantidad hizo iguales cosas en el discurso de su vida; quiso pues pagar á nuestro desgraciado lo que le debía, y hallando que nada era bastante segun su generosidad, le dió por esposa á su prima doña Serafina, la cual á este tiempo amaba tiernamente á Cardenio, y padecía en el piélago del silencio, y declarado el primo con ambos, tuvo efecto el dichoso himeneo, y fin las desdichas de Cardenio con una suerte tan poco esperada de sus infelicidades, dando á entender las estrellas que nadie se llame desdichado hasta el último vale.

---

## SUCESOS

# Y PRODIGIOS DE AMOR,

NOVELAS COMPUESTAS

POR EL LICENCIADO JUAN PEREZ DE MONTALVAN.

---

## LA VILLANA DE PINTO.

AL DOCTOR DON GUTIERRE,

MARQUÉS DE CAREAGA, CORREGIDOR DE ALCALÁ DE HENÁRES.

---

CUANDO me puse á escribir estas novelas no habia visto en Francisco Petrarca el diálogo sesenta y cuatro, donde, tratando de los que con poca experiencia y estudio dan sus obras á la imprenta, dice: *Omnes sibi usurpant scribendi officium, quod paucorum est.* Bien sé que me atrevo á mucho, y que alguno me pagará el deseo de entretenerle con murmuraciones y sátiras, que son las injurias del entendimiento; con razon injurias, pues por eso lo son, segun Ulpiano, *quoniam sine jure fiunt.* Desaire y aun poca nobleza parece ofender á quien desea acertar, y mas cuando no yerra en todo. Verdad es que algunos lo merecen, porque tienen á los demás tan ofendidos su lengua y presuncion, que solo se espera á que tomen la pluma para marginarles sus escritos. Estos tales no pueden tener queja, porque á los agravios no corresponden encomios; consejo es de Séneca: *Si vis amari, ama.* Yo tengo muy gran consuelo en saber que hablo de todos con tanta modestia, que nunca he llegado á presumir que compito con el menor; á todos alabo, estimo y reverencio; plegue á Dios que me valga. Esta novela escribí estando en la villa de Alcalá de Henáres, donde vuestra merced es Licurgo y Apolo, gobernándola con tanta cordura y acierto, que en profecía lloran su ausencia los que merecen comunicarle (justo afecto á su sangre, virtud y letras). Cuando quisiere vuestra merced malograr algun rato, puede pasarla, siquiera porque ha querido valerse de su autoridad, no sin misterio, pues con tal asilo tendrá por el dueño lo que desmerece por el padre. Guarde Dios á vuestra merced largos años.

Su aficionado servidor,

El licenciado JUAN PEREZ DE MONTALVAN.

---